

y de las llanuras subyacentes. Estudiando el aspecto de las ruínas de Lulan, en el desierto de Lob, Sven-Hedin evalúa en tres metros el espesor de la capa terrestre levantada por la denudación eólica desde hace dieciséis siglos. Sin embargo, los montones de polvo que acrecen incesantemente la Tierra amarilla no son bastante espesos para sofocar la vegetación superficial ni para impedir el desarrollo de la vida animal; las hierbas continúan creciendo, aunque gradualmente enterradas: la masa entera, desde la roca subyacente, está surcada por innumerables venillas dejadas por las raicillas de las plantas, y por todas partes hay esparcidos en los depósitos terrosos conchas y otros restos de origen animal. En algunos sitios el espesor de la Tierra amarilla, revelado por las entalladuras hechas por las aguas de erosión, no es menor de 600 metros, que representa un volumen equivalente al de cadenas de montañas. Se ha calculado que el humus fecundo del Hoang-tu sería suficiente para cubrir toda la Tierra con una capa de suelo laborable de un metro de potencia.

Si el viento ha formado los montones enormes de la Tierra amarilla, el agua los destruye á su vez: el río Amarillo y sus afluentes disponen de materiales inagotables para acrecer las llanuras aluviales á expensas del mar. El agua penetra en el suelo blando hasta la roca dura ó hasta la capa de arcilla impermeable que le sostiene, el agua de lluvia se une en esas profundidades á los hilillos que se derraman subterráneamente desde la base de las montañas y, siguiendo canales ocultos, se cavan pozos de derrumbamientos, indicando la dirección de los valles futuros. Siguiendo esa misma dirección se hunden masas y se forman profundas torrenteras con diversas ramificaciones, presentando ordinariamente escarpes verticales. Las lluvias rozan también directamente el contorno, y el menor aguacero arrastra masas de barro que la sequía y el viento transforman de nuevo en torbellinos de polvo. Todo es amarillo en el país: la tierra, las aguas, el aire brumoso, el cielo, donde apenas se ve el sol á través del polvo levantado. Las casas y los hombres están revestidos de una costra amarilla: no hay más contraste que el que resulta de la frescura de los verdes cultivos. Pero ese matiz amarillo simboliza el suelo nutricio, el mismo poder de la China: de ahí el título

de Hoang-ti, «Señor amarillo», dado al Emperador de la China, en el sentido de «Dueño de la Tierra».

La maravillosa fuerza productiva del Hoang-tu permitió á las «Cien



ESPEJOS MÁGICOS

El espejo mayor y el octogonal son de origen chino y datan de la dinastía de los Han (desde 206 antes de la era vulgar hasta 221 después), el tercer espejo es griego. Las analogías que presentan estos objetos prueban la influencia comunicada de uno á otro país á través del Asia Central.

Museo Guimet.

Cl. Giraudon.

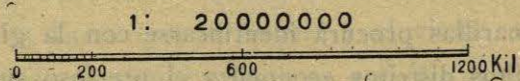
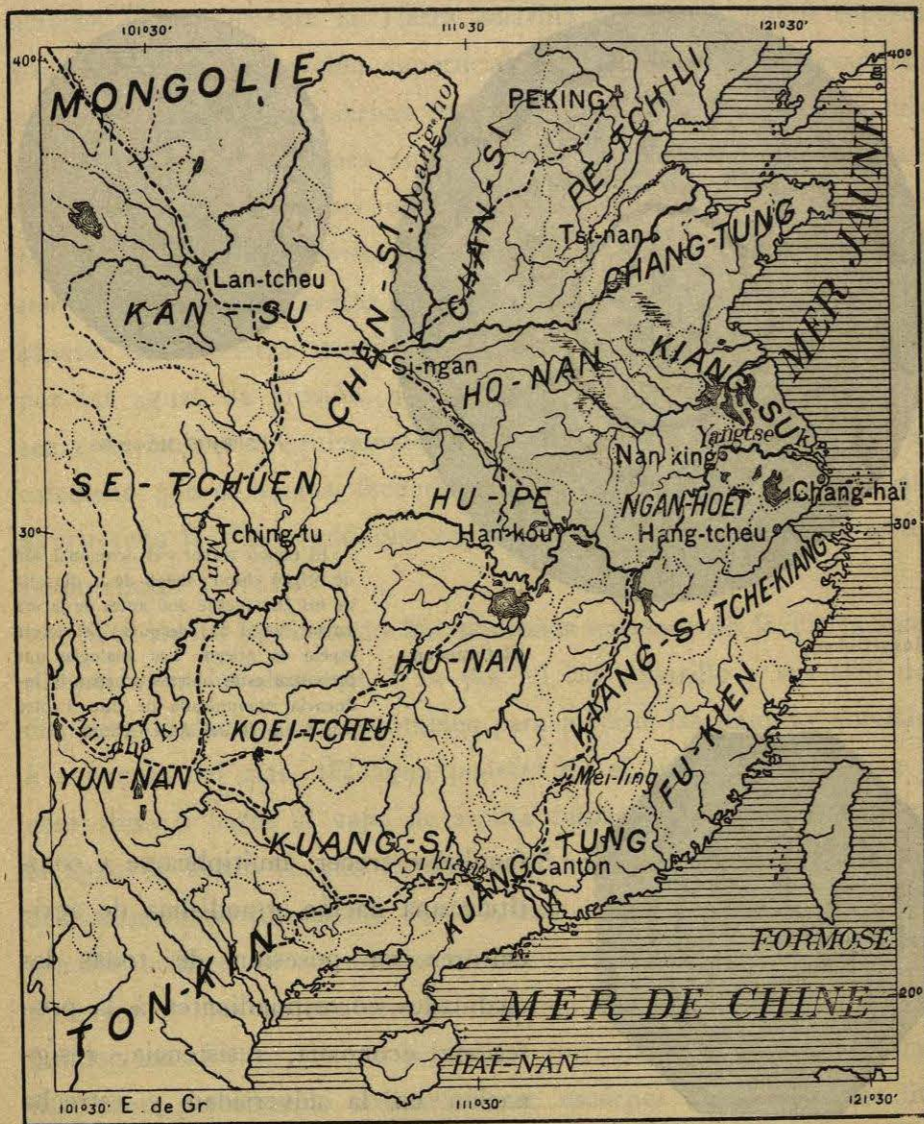


familias» crecer, multiplicarse y constituir una nación grandísima de agricultores en posesión de todas las cualidades correspondientes á la profesión: economía, resistencia, resignación en la adversidad y estrecha intimidad familiar. El campesino de

las Tierras amarillas procura identificarse con la gleba que le sustenta; en muchos distritos economiza el precioso suelo de tal modo que no emplea su superficie para su casita y sus granjas, y cava su morada en el interior del loess: vive debajo de sus propios campos, prestando atento oído á la semilla que perfora el suelo. Compréndese qué paciente energía, qué tenacidad y qué fuerza inveterada de atavismo ha debido dar semejante existencia á los labradores de las

Tierras amarillas y cuán ampliamente armados estaban los emigrantes de ese país para transformar en magníficas tierras de cultivo

N.º 223. Provincias de China.

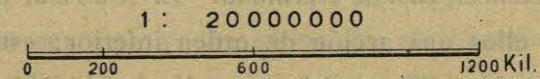
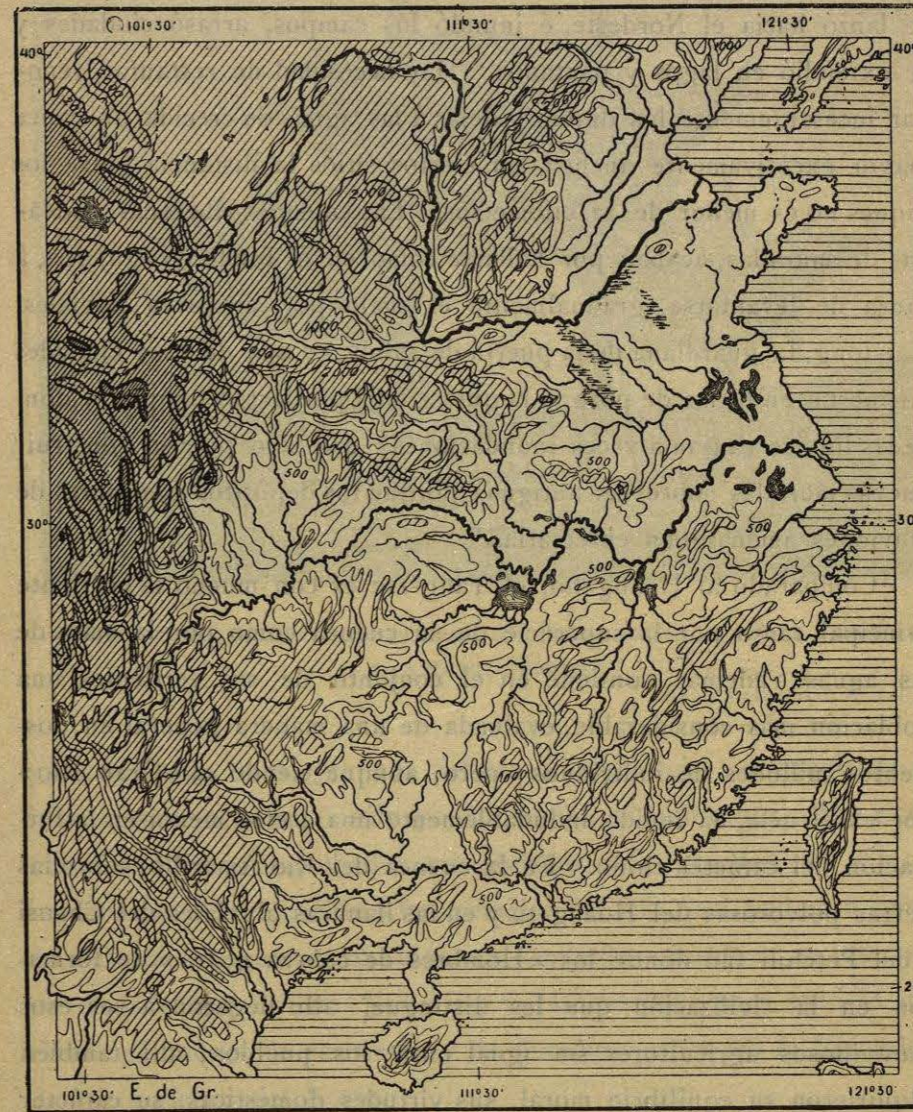


las llanuras aluviales que recorren el Hoang-ho y sus brazos laterales lo mismo que las riberas del Yang-tse.

El Chino por excelencia nació ciertamente en las Tierras amarillas; pero si puede decirse que ha sido formado en gran parte por

el Hoang-ho, hay que reconocer también que ha tenido que luchar incesantemente contra el río y hacer su educación, que todavía no

N.º 224. Relieve de China.

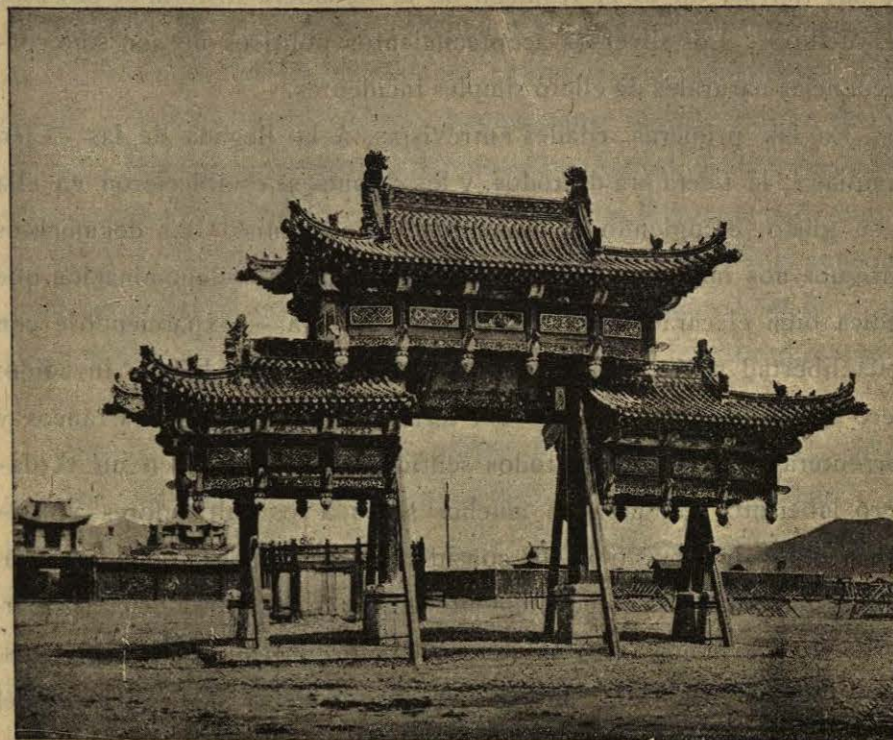


está terminada. En la región baja del río todo cultivo está expuesto á terribles trastornos, puesto que cuando la corriente alcanza el borde de su cauce, á unos 150 metros de elevación, se halla como suspendido sobre las llanuras bajas del litoral y forzosamente ha de derra-

marse por un lado ó por otro, según la cantidad de los aluviones que se amontonan sobre las escarpadas orillas. Conocidos son los desastres que ha causado el Hoang-ho con sus cambios de curso: en medio del siglo XIX, por ejemplo, cesando de correr al Sudeste, se lanzó hacia el Nordeste, é inundó los campos, arrasó ciudades y se extendió en lagos y pantanos. Hay necesidad de restaurar, renovar incesantemente los diques y dejar á las aguas de crecida un cauce mayor excesivamente ancho; en ciertos sitios la distancia entre los diques no es menor de 22 kilómetros. Las ciudades ribereñas, rodeadas de murallas, acaban por hallarse como en el fondo de agujeros, á causa de levantarse gradualmente el suelo por arrastres fluviales. Kai-fong, la guardiana de la puerta de salida, es una de esas ciudades dispuestas en forma de pozo, a la que se baja por largas rampas, y donde las lluvias causan á veces inundaciones. Ha sido preciso construir nuevas murallas sobre las antiguas porque los depósitos exteriores de aluviones amenazaban enterrarlas<sup>1</sup>.

Comparado al Hoang-ho, el Yang-tse es con mucho la corriente principal, tanto por la superficie de su cuenca como por la masa de las aguas; además contiene en el conjunto de sus vertientes una población más considerable, evaluada de una manera general en doscientos millones de individuos; pero, aunque siendo el «Gran Río» por excelencia, ha tenido indudablemente una acción menor en la formación del carácter chino. En la cuenca del Río Amarillo, sobre las tierras polvorosas del Hoang-tu y en las llanuras aluviales del Chansi y del Petchili fué donde los «Hombres de cabeza negra» se formaron en la civilización que les distingue, allí llegaron a ser esos maravillosos agricultores sin igual entre los pueblos; allí también adquirieron su equilibrio moral, sus virtudes domésticas, su carácter de infinita paciencia, casi de eternidad. El Río Azul sólo puede haber tenido sobre ellos una acción de orden inferior: estaban ya formados. Gracias al medio primitivo que les había dado una vida propia, aprendieron por progresos de toda clase á poder sustraerse parcialmente á la acción directa del mundo exterior; habiéndose constituido claramente su personalidad, el segundo medio no podía tener

<sup>1</sup> E. v. Cholnoky, *Petermann's Mitteilungen*, 1889, I, p. 12.



PUERTA TÍPICA QUE HAN DE ATRAVESAR LOS FIELES ANTES DE PODER PENETRAR EN CIERTOS TEMPLOS

De una fotografía de M. A. Ular.

ya sobre ellos más que una influencia superficial: á semejanza de unas armas ya forjadas sólo podían recibir el pulimento. Más ricos, más industriosos, agrupados en ciudades más grandes, los Chinos venidos del Río Amarillo á las campiñas del Río Azul pudieron ganar en cultura, en gustos refinados, en lenguaje «florido»: se afinaron en ciudades tales como Nan-king y Hang-tcheu, pero todo lo que tienen de fuerte, de resistente y de duradero se lo dió la Naturaleza en las regiones del Norte.

Durante los cuarenta y dos siglos de su historia conocida, la nación china ha vivido agitada por incesante lucha relativa á la forma de la propiedad. Gracias á la larga evolución nacional, no hay país en el mundo donde pueda observarse de una manera más patente la preponderancia de los factores económicos en el desarrollo de la humanidad. La cuestión por excelencia es la del pan. Las variaciones del régimen agrícola y del derecho de los agricultores á la gerencia

de sus tierras, tal es el resumen de la verdadera historia de la «Flor del Medio». Los diversos acontecimientos políticos no son sino consecuencias naturales de ello ó simples incidentes.

En las primeras edades entrevistadas, á la llegada de las «Cien familias», la tierra era de todos, y los colonos se establecieron en ella á su gusto, escogiendo el suelo que les convenía. Los documentos antiguos nos muestran los «hombres amarillos», —denominación que indica bien el carácter de la región colonizada, — exparciéndose con toda libertad sobre la extensión del suelo fértil que habían invadido; pero la naturaleza misma de los terrenos, cortados por barrancos y torrenceras de erosión en todos sentidos y dispuestos en un verdadero laberinto, obligaba en muchos sitios a los cultivadores á dividirse en grupos más ó menos considerables: tal habría sido la causa, según una hipótesis frecuentemente expuesta, que produciría la partición de los inmigrantes en «cien» familias ó tribus. En este país, naturalmente recortado, habría habido tendencia á la división del suelo en propiedades distintas, comunales, familiares y privadas, en tanto que más al Este, en las llanuras aluviales del Hoang-ho, incessantemente amenazadas por las crecidas fluviales, que corrían á un nivel superior al de las campiñas bajas, la propiedad se sostuvo mucho tiempo bajo su forma de comunidad nacional; entre todos los ribereños obligados á luchar juntos para defender ó reconquistar las tierras inundadas por los ríos, la solidaridad absoluta daba á todos la propiedad de la tierra y de los productos.

Pero la potencia imperial crecía sobrepujando la altura de las cabezas y se apoyaba sobre un círculo de consejeros y de cortesanos, gentes escogidas que se constituían en cuerpo privilegiado, de esencia superior á la nación, extrayendo cada uno su parte sobre las riquezas creadas por el trabajo de todos. El emperador y los grandes se reservaron extensísimos territorios en el campo nacional, y como consecuencia el régimen de las apropiaciones entró en conflicto con el de la propiedad comunal, estableciéndose gradualmente un conjunto de condiciones económicas análogo al que prevaleció en la Europa occidental después de la caída del Imperio romano: los campesinos continuaron trabajando en común, pero la parte de los productos que se les dejó no fué sino la porción estrictamente nece-

saria para su sustento, reservándose para los señores feudales la mayor parte de la cosecha. Treinta y un siglos antes de la época actual, la China estaba dividida en feudos ó subfeudos, cuyos habitantes, reducidos á servidumbre y generalmente distribuidos en grupos de ocho familias, conservaban las antiguas formas de la comunidad, celosamente vigilados por sus amos: realmente, la comunidad, aunque oprimida y metódicamente despojada, no dejaba de persistir, constituyendo un pequeño universo ó cosmos, un *mir* semejante á los de Rusia: conservábase un resto de solidaridad comunal y territorial, como se conserva el rescoldo bajo la ceniza del hogar.

Todavía se ven en muchas partes de la China y en las comarcas que tomaron por modelo la civilización china, especialmente en Corea, bajo un régimen feudal, algunas huellas de esa organización comunista<sup>1</sup>, pero las guerras intestinas, las emigraciones interiores y el desarrollo de la población modificaron el equilibrio existente, y hacia el siglo IV antes de la era vulgar se había operado una transformación general en el régimen de la propiedad: la mayor parte de las tierras habían cambiado de propietario y el modo de apropiación se había desprendido de las formas feudales. Los dueños del suelo le poseían ya sin condiciones, y los campesinos, á quienes se había despojado hasta del terreno donde hubieran podido «plantar un alfiler», no tuvieron más recurso que la esclavitud. Sin embargo, se rebelaban con frecuencia: la guerra civil era permanente, y, según las alternativas de las revoluciones, los campesinos, pegados al suelo nutricional, lograban á veces retener un girón de él. Por otra parte, el soberano tenía interés en aproximarse al pueblo para no hallarse luego á la discreción de los grandes propietarios, y el emperador Wangmang, contemporáneo de Augusto, osó un día reivindicar la posesión de la tierra para él solo, lo mismo que el derecho de repartirla con equidad. En lo sucesivo ningún súbdito podía poseer un espacio cultivable superior á un *tsin*, unas seis hectáreas, ni mandar á más de ocho esclavos varones: era precisamente el número de los antiguos grupos de comuneros agrícolas. De ese modo la tierra se hallaba distribuída en proporción de las necesidades; pero los man-

<sup>1</sup> Zakharov, artículos en *Arbeiten der russischen Gesandtschaft zu Peking*, Berlin, 1858.